

El ocaso del sol naciente

Libros Por Eduardo González Calleja.

Resulta llamativo el contraste entre la limitación de recursos empleados por los Aliados en el escenario secundario de la Guerra del Pacífico y su resolución inesperada a través del empleo de un arma revolucionaria. El periodista británico Max Hastings, antiguo corresponsal en el conflicto de las Malvinas y gran constructor de relatos sobre la Segunda Guerra Mundial, culmina su fresco sobre el final del conflicto que inició en el Armagedón alemán con este estudio donde intercala la crónica militar, la semblanza de personajes y los cruentos testimonios de combatientes y población civil.

Recorremos de su mano el teatro más extenso, y seguramente el más difícil por el clima hostil y las exigencias logísticas, de todo el conflicto mundial, con escenarios tan poco conocidos como la historia del «ejército olvidado» británico en Birmania sometido a los embates de la rivalidad interétnica, la guerra submarina, la actuación marginal de las fuerzas australianas (asunto que le ha valido al autor más de una polémica) o la campaña de último momento de los soviéticos en Manchuria.

Feroz rivalidad. También se evalúa la ejecutoria de mandos militares como Halsey, Slim o Sprague, aunque las más duras invectivas van dirigidas a la corrupción del generalísimo chino Chiang Kai Shek, la superficialidad de lord Mountbatten y, sobre todo, a la actuación de ese gran relaciones públicas que fue el general MacArthur, descrito como un extremista de derechas incompetente y megalómano, cegado, como MacClellan respecto de Lincoln, por un sentimiento de superioridad entreverado con ambiciones presidencialistas.

Según Hastings, la «estrategia gemela» de Mac Arthur invadiendo Filipinas y de Nimitz saltando de isla en isla en el Pacífico Central, que se plasmó en una feroz rivalidad entre Ejército y Marina que aún perdura ritualizada en encuentros anuales de fútbol, no acertó de forma significativa el desenlace del conflicto. Si la recuperación del archipiélago filipino -la mayor campaña

norteamericana en el Pacífico- se vio trufada de errores como la terrible lucha callejera por Manila, donde los que sobrevivieron al odio japonés no sobrevivieron al «amor» estadounidense, que causó el 40 por 100 de las bajas civiles, las operaciones anfibias sobre Iwo Jima y Okinawa arrojaron un no menos terrible balance de sangre que aceleró la decisión de abordar una alternativa apocalíptica a la invasión del Japón.

Fue entonces cuando los científicos tuvieron el dudoso honor de integrarse en niveles de decisión hasta entonces reservados a políticos y militares. Si la Primera Guerra Mundial fue la guerra de los químicos, la Segunda contempló cómo la física se destacaba en la carrera en busca del arma más letal. El apasionante recorrido que realiza Diana Preston por cincuenta años de creatividad científica, vinculada estrechamente no sólo a intereses estratégicos, sino a las pasiones de sus propios protagonistas (las ambiciones, miedos, envidias, remordimientos y hasta lujurias de las generaciones de científicos que desde la década de 1890 contribuyeron a desarrollar la física nuclear hasta el extremo de su aplicación militar), desmitifica a esta reducida tribu de físicos encerrados en modestos laboratorios, que ponían en común sus resultados y experiencias a pesar de la rivalidad interimperialista. En los cuarenta la física nuclear se convirtió en una ciencia trascendental que atraía costes fabulosos de hombres y material, como se pudo constatar en los dos billones de dólares de presupuesto y 130.000 empleados del «Proyecto Manhattan». Con la vida de Hiroshima al fondo, la autora describe la desenfundada competitividad de los campus universitarios o la vida cotidiana en el gran complejo militar-científico-industrial de Los Álamos, y analiza la concatenación de avances científicos, decisiones político-militares y dilemas morales (sobre todo entre los alemanes exiliados en Estados Unidos o los que siguieron trabajando en el Reich) que asaltan a científicos como los Curie, Bohr, Oppenheimer, Einstein, Heisenberg con los grandes políticos, los tripulantes del Enola Gay o los ciudadanos de a pie hasta el gran estallido del 6 de agosto de 1945.

Despliegue de poder. Las reflexiones contrafactuales finales (qué hubiera sucedido si Gran Bretaña no hubiese conseguido involucrar a los americanos en la fabricación de la bomba, si los científicos nazis se hubieran decidido a trabajar en esa dirección, si se hubiese internacionalizado el proyecto, si se hubiese empleado sobre Alemania o si no se hubiesen lanzado sobre Japón) no pueden ocultar que, si bien el bombardeo atómico señaló el apogeo en el despliegue de poder del moderno Estado nacional -pero también el inicio de su vulnerabilidad-, la «brutalización» en la guerra del Pacífico no había arrancado de Hiroshima y Nagasaki.

Pasado inconfesable. La violencia contra la población civil tuvo claros precedentes en los bombardeos norteamericanos de saturación con artefactos incendiarios (más letales que las mismas bombas atómicas, como lo atestiguan los 100.000 muertos y el millón de desplazados causados por el raid «convencional» sobre Tokio el 9 de marzo de 1945). O en la crueldad exhibida por los japoneses contra la población sometida en la «esfera de coprosperidad extremooriental». Un pasado inconfesable que arroja cifras estremecedoras y actitudes vergonzosas (como la esclavitud de millares de «mujeres de solaz» chinas o coreanas por las fuerzas armadas japonesas) que continúan siendo olvidadas y negadas por las autoridades niponas. Penúltimo acto de los imperios japonés, británico, francés y holandés, y primer traspiés serio del designio neoimperial norteamericano tras la toma del poder de Mao en China, la Guerra del Pacífico no fue protagonizada por grandes hombres, sino por hombres que, con sus virtudes y sus defectos, sus grandezas y sus miserias, se esforzaron por interpretar su papel en el gran acontecimiento.